

Yura sonrió y aceptó gustoso. Eduardo miró a Páez.

—¿Y tú qué? Ya estás listo para el soleo, ¿no?

—Listo; vinimos acá justo para eso —contestó Páez.

—Bueno, hoy no podrás; tengo comprometidos todos los aviones de combate y el combustible. Vamos a chequearte mañana y soleas entonces, ¿vale?

—Vale.

Alberto y Olivares se estaban quitando el equipo de vuelo. Cuando ya no tenían andariveles encima, el líder dijo: —el radarcito camina.

—¿Y eso? —preguntó Eduardo. Iváshenko y Páez callaron.

Alberto fue hacia el mapa y mostró el sector desde donde habían sido irradiados. Sí, discrepaba casi 70° con la primera vez.

Eduardo tradujo a Yura todo lo que sabía del asunto que les preocupaba. El ruso habló.

—Conéctate con los compañeros de Inteligencia. Ellos tienen buenos libros sobre ejércitos enemigos. Con esos datos es muy probable que salgan de dudas. No sueltes la cosa. No pares hasta saber de qué se trata...

Sobre el campo pasó la escuadrilla de SU-22 y detrás la de los veintitrés. Efectuaron el rompimiento de forma bonita y fueron aterrizando uno detrás del otro. Todos completos.

Ya el veintitrés biplaza estaba allí y con él podían iniciar la actualización nocturna de los que estaban en condiciones de asumir esa tarea. La labor de preparar la pista y su iluminación correría a cuenta de tres o cuatro compañeros que habían recogido unas decenas de vainas de artillería con las que habilitaron mecheros suficientes para intercalarlos entre las luces. Sería el sistema de reserva. Los pilotos participantes ya estaban enterados y habían aceptado de buena gana. Esas cosas en las que van implícitos nuevos riesgos les gustan. ¡Qué gente!

Los cuatro aviones de la cobertura apagaron sus motores y los pilotos fueron hacia el cuartico de descanso donde bebieron un poco de jugo y charlaron con Páez y Yura. Todos lo pincharon con la habitual duda sobre la paternidad de su futuro hijo. Valery saludó a su compatriota, que le trajo una cartica de Irina, la esposa. Antes de leerla dijo a todos —Muchachos, algo más sobre el radar extraño. Luego prosiguió:

—El asunto es que nos hizo captura. Oprimos por alejarnos y cesó el problema. Ese radar no es de observación circular. Es *cohetil*...

Se hizo el mismo silencio que en Zapata y Doce.*

* Cementerio de Colón.

—“Lo que faltaba” —pensó Eduardo. Los sudafricanos estaban decididos a escalar con medios cohetiles antiaéreos, lo que significaba otra complicación.

Decidieron pasar al aula para confrontar toda la información de que disponían y pronunciarse. Hasta el momento estaba claro que era un sistema autopropulsado, al parecer cohetil, y probablemente ya habría más de una unidad. Dos horas después, con ayuda de los especialistas de las Tropas Coheteriles, arribaron a conclusiones definitivas gracias a sus materiales sobre el Ejército Sudafricano. Se trataba del Cactus-Crotale: un carro de combate con radar de exploración encima y otros cuatro carros con radar de conducción y cuatro cohetes antiaéreos. Este sistema lo construía la propia Sudáfrica bajo licencia, aunque era originalmente francés. Reunidos de nuevo en el aula vieron los datos táctico-técnicos y tomaron nota de sus posibilidades: batía blancos desde 30 metros de altura hasta 3 000 metros y desde el primer dato hasta el lanzamiento su reacción tomaba siete segundos; el alcance frisaba los ocho kilómetros.

Convinieron en que ninguno podía olvidarse de conectar el detector de irradiación y repasaron las maniobras óptimas para frustrar el seguimiento automático (captura) del radar encargado de conducir el cohete hasta el blanco.

Poco rato después, el coronel Benítez conocía de estos acontecimientos.

—¿Qué acordaron en definitiva? —preguntó.

—Volar *jibaros* cuando alguien transmite “pitarte en el alambre”. Esa seguirá siendo la señal. No meternos en su zona de batimiento por altura a menos que sea necesario, y maniobrar fuerte si hubiese captura.

—Insiste en que ninguno asuma riesgos innecesarios. Si no hay que descender, que no descendan. No hacen falta “experimentadores” aquí.

—Así se hará —respondió el piloto.

—Mañana se va a hacer un desembarco con helicópteros para aprovisionar a las tropas. Irá una pareja de veintiuno y una de SU-22 angolanos para distraer con fuego al enemigo. Una escuadrilla nuestra brindará cobertura. Los Mirages sudafricanos están entrando a Mavinga cuando ustedes no están, anden con cuatro ojos...

Al otro día llegaron temprano, como siempre.

La escuadrilla de cobertura estaba lista y los pilotos también. Una hora antes del despegue debían reunirse en el aula para ultimar detalles y lo relacionado con la cooperación.

En el primer turno, Eduardo chequearía a Páez, el recién llegado. Esto es una regla sin excepción antes del soleo: el alumno debe despegar,